

## El libro de los esclavos

El manar de la lluvia dejó dieciséis litros el otro día, y hoy no iba a ser menos. Casi dos décadas residiendo en Frankfurt y no terminaba de acostumbrarme a los aguaceros. Que de esporádicos tenían bien poco, al menos esta invernada. Se trataba de una muestra de alegría, los campos lo agradecían. Así que no me quedaba más remedio que llevar de otro modo mi neceser de telas, enfundado en un rollo de papel de envolver en tono marrón, como los uniformes de los carpinteros, con una trayectoria marcada y una identidad pertrechada de poco glamour, haciendo de salvaguarda para todo. El matasellos de correos se le estaba borrando conforme las gotas le calaban, agrietando su cartonaje, incitándome a tirarlo, al igual que hice con los pantalones de pana gorda, que me hacían ser más viejo y un cascarrabias. Su comodidad se marchitó tan pronto como dejé de verlos estilosos, y ahí se quedó todo, en unas bolsas que cogían la pendiente de un depósito de ropa usada, ante el clamor de la billetera. No la arrojé en solitario, la acompañé de unas camisas horrendas y de un chaleco que nunca estrené, a base de retales grises romboidales. Y me quedé sin rombos en mi vestidor, lejos queda ya aquel jersey grisáceo con grecas puntiagudas en tono pastel y violáceo que tantas horas me vistieron, siendo un niño grande. Era la primera vez que desvestía mi ropero en mucho tiempo. Mi proposición era firme, tenía que huir del victimismo. Una conocida me sacó de quicio cuando me dijo que usaba el sufrimiento como recurso para influir en la conducta ajena. Aquello me dolió. En principio, no creía ni creo haber manifestado una actitud en ese sentido, pero por no desdeñarla lo dejé estar, ya que ante mi inminente respuesta ella no se conformó, y siguió erre que erre. Muy lejos de mis intenciones estaba despertar

un sentimiento de culpa en los demás, o exigirles soterradamente algo a base de quejas. Un tipo fuerte, independiente y sano como yo, no podía dar imagen de vulnerabilidad. ¿Qué estaba haciendo mal? Me preguntaba conforme esperaba a cruzar en ese paso de peatones, con un vehículo obturando el paso, por estar estacionado indebidamente, con su conductor mirando arriba buscando estrellas, como quien mira el cerco de un árbol eligiendo la piedra más distinta, por si algún día vuelve a pasar a su lado y la reconoce. ¿Acaso era una barrera? De esas que uno se pone para protegerse de los demás... No, no lo creo, no soy de esos, me dije cuando pude cruzar y cambiarme de acera. Junto a un colegio de toda la vida hacía tiempo, estaba citado, y la otra parte no daba señales de vida. El escueto rincón verde que me amparaba estaba oscuro, se vislumbraban unas plantas de bordura para delimitar ese parterre, salteadas con piedrecitas blancas de río, cuyas caras pulidas en curva las hacían bellas por sí solas. Las farolas estaban puestas de un modo inservible, apuntando a la roca artificial, eso venía acaeciendo desde el dieciséis de marzo; no parecía un error del sistema de alumbrado, algo sucedió.

Un comerciante de telas como yo no descartaba ninguna cita, por muy tarde que fuera, y como no acostumbraba a dormir, tampoco me suponía un gran esfuerzo reunirme a las ocho y cuarto de la noche. Mientras corría el segundero, en el bloque de enfrente una mujer asomó la cabeza y permitió tomar el aire a su pájaro, que por el canto debía de ser un jilguero. Muy locuaz por cierto. El tránsito de los coches malversaban las sanas intenciones del animalito por alegrarme la espera. Tiempo atrás, disfruté enormemente del anidamiento de las aves en Los Cantiles, al sur de la oriental provincia de

Granma en la isla de Cuba, lejos de tantos ruidos de ciudades pobladas. Vine derecho a mi trabajo, sin beneficiarme de unos días de acomodación entre charco y charco, y esa condición no me ayudó en nada a retomar el sueño que perdí en mi niñez, porque recuerdo que cuando correteaba todo el día en el colegio, siendo un chavalote, al llegar a casa me postraba en la cama y me alejaba de todos los compromisos. Al no depender de nadie y tener mis propios ingresos, dada la prontitud con la que tuve que regresar, me planeé un abril cómplice, para ver el deshielo en Siberia, en vez de irme a recorrer gargantas sobre meandros. No guardaba un buen recuerdo de la última vez que hice barranquismo, pero sí de mi última botadura. Por entonces pude disfrutar de las bondades de los gansos y de las avutardas, dándome un banquete de aves surcando los cielos, que me pusieron los pelos como escarpas. Lo mismo que me estaba aconteciendo al paso de esa procesión, a mi juicio fuera de hora, de lugar y de estado. Los tambores redoblaban con fuerza marcando el paso, y las trompetas resoplaban el aire gastado que alentaba a los pocos creyentes, que fervientemente asistían a ese acto de entrega. Los intervinientes se uniformaban de chaqueta blanca, con bandas doradas sobre los hombros, y pantalones azules oscuros, sobre zapatos negros y brillantes, y se dejaban ver engominados en ese pasacalle que recorría la ciudad limpia de barreras a paso rápido. Lo que se debía de hacer en un recinto, poco a poco fue comprando las voluntades de unos y de otros, y se dejaba notar, sin muchos reparos por parte de los asistentes. Cada día me resultaba menos extraño, todo tenía que ver, y nada me extrañaba, estaba curado de espanto, jactándome de mi improvisada asistencia a ese poco concurrido acto religioso, vanagloriándome de mi atención sin echar espumarajos por la boca.

La señora se presentó enfundada en un pantalón blanco muy bien entallado, con unas botas negras a media altura, y un jersey negro de rayas prominentes, con una chaqueta del mismo tono cruzada a la altura del ombligo. La última vez vestía muy distinta, con pantalón rojo, manoleínas azules y camiseta con rebeca igualmente azul, a juego con sus calzas planas. Un tipo de negro nos presentó, allí en un cortijo, cerca del chalet en donde tenía las vacas Jesús, en el término de San Lorenzo de El Escorial (Madrid). De aquella caza de palomas distaban un par de años; no olvido aquello que me aporta algo bueno. Su entereza me hizo sentir regocijo. Una semana antes estaba enterrando a su padre, y hablaba de él como si no hubiera deseado nunca que se muriese, aunque la mujer se derrumbó y se me confesó al final de la jornada, aún montada en el vehículo, poco antes de que nos dejaran en el aeropuerto. No sabía cómo quitarle la angustia que la envolvía, y me estaba meando y poniendo de mal cuerpo, de tanto escuchar verdades que no me atenían. La consolé como pude, haciéndola ver que debía de seguir adelante, y quedarse con lo bueno, sacando fuerzas para seguir cuidando de su otro familiar, un hermano bastante mayor que ella, impedido socialmente. Le aconsejé que contratase ayuda, al menos unas horas a la semana, para ir entrando en otra dinámica más constructiva, y que no se desgastase tanto psíquicamente. Porque cuidar de alguien quema, bien que lo sé yo, que estuve años haciéndome cargo de Margaret. Fue mi cuidadora, y llegado un envejecimiento natural, tornamos los papeles, y fue ella quien pasó a depender de mí. Lo más honorable de la única mujer a la que he amado, sin duda, fue su comportamiento ante la vida. Procedía de esclavos, de los de verdad, de esos que no tenían papeles para poder moverse libremente y establecerse allá

donde les pareciera oportuno. Era el tema estrella en nuestras conversaciones. Lo tenía tan asumido que no le importaba hablar de ello, y a mí me encantaba escucharla, sobre todo cuando se ponía la rebequita de punto negro por encima de los hombros, y se balanceaba, llevándome consigo, remontándonos a una época dorada, únicamente por el nombre de los ricachones y, fundamentalmente por los sueños de los atrapados. Cogía aire antes de arrancarse, ponía una mano sobre la otra, y me transportaba durante toda la noche hacia un submundo de reflejos, paisajes y virajes inciertos, Yo me recostaba y fijaba mi vista en la llama de la vela, pero siempre de reojo, nunca de frente. Llegamos a conocer la duración de las centinelas con sólo mirarlas en los muestrarios, teníamos tanta práctica, que las desechábamos si no nos aportaban una incandescencia superior a las cuatro horas, aunque las mejores eran de seis a siete. Más de eso, restaba mucho oxígeno, y como teníamos la costumbre de cerrar la puerta, no queríamos asumir un atontamiento. La provisión se hacía a menudo, preferíamos comprarlas de poco en poco, no se trataba de acapararlas por kilos, lo importante era tener siempre una muestra, algo que enseñar. Sus cuantiosas experiencias me hacían volar en esos momentos. Durante el día, el calor provenía de otro modo. Cocinaba como los ángeles, su especialidad era la condimentación. Podía arreglar cualquier desaguisado culinario con un toque mágico. Y lo de las aceitunas no tenía nombre, le chiflaban. Me decía que quería ser un olivo, si le dieran la oportunidad de volver a nacer... Ahí me perdía, era sumamente inteligente, sin estudios reglados, pero de un talento natural digno de admiración. ¡Cómo puede una hija de esclavos querer ser un olivo! Si te quedas enganchada a la madre tierra, te cortan las ramas, te apalean y se comen tus frutos, mean en tu

peana, horadan tus raíces, te llueven chuzos de punta, soportas rayos, y cuando hay relámpagos no puedes salir a refugiarte... Esparcí sus cenizas en Mengíbar (Jaén). Aproveché una ráfaga de viento, y lancé al aire con todas mis fuerzas la urna que la contenía. De inmediato cogí la escopeta, y la disparé; derramando sus vivencias a lo largo y ancho de campos oleícolas de excelente producción. Me tildaron de loco, frío, e incluso hube de someterme a las pruebas de alcoholemia, toda vez que la patrulla de la Guardia Civil escuchó esa sarta de disparos desde aquella colina, y vino a socorrerme, sacándome de mi martirizante ostracismo... Seiscientos euros de multa, decomisaron el arma, me reprimieron exacerbadamente, y se me cortó la digestión cuando les invité a una caña en el bar que había a la vuelta de la comandancia, con la morcillita encebollada y esa rebanada de pan que la sostenía.

Tenía tal cacao en la cabeza, que al verla llegar no pude sobreponerme a la emoción, y derramé una lágrima de dolor y rabia. La cual, estaba encajonada en ese ágora intercultural en la que se dispersaban mis días. Nací el día que se murió, a efectos de correos, cartas y demás certificados. Ella se ocupaba de todo eso, era la mejor gestora de mis papeles y de mi ocio. Acerté cuando no la quise dejar marchar, ni a sus setenta y cinco años. Por entonces, las historias ya eran menos, y usábamos un teléfono a modo de contacto. Se me ocurrió esa artimaña para que ambos conectásemos en la penumbra, tal y como hacíamos antaño, desde mis doce años recorriendo todos esos pasajes hasta su adiós premeditado. Era cabalita como ella sola. No escogí cualquier utensilio que nos sirviera para el paripé, en absoluto. Tomé una de las mejores decisiones de mi vida, cuando acudí a la casa de subastas y adquirí esos dos receptores antiquísimos de bellísima concepción y un notable peso, con

auriculares e hilo recubiertos de plata de ley. Me gasté mis ahorros de un semestre, y me dieron seis años de excelencia a su lado; hasta que llegó su hora, la que ella mismo decidió. Me pidió que la ejecutase del mismo modo en el que silenciaron a su padre: y así lo hice. Sellé sus labios con tela de arpillera, me senté frente a ella, en una banqueta, con gesto amable, y le di las gracias por toda su dedicación. Ella, gratuitamente, dejó de respirar... Algo que parecía improcedente, cobraba sentido cuando se reafirmaba en el amor que se profesaban el amo y el esclavo. Su padre pasó toda su vida trabajando para la casa que le vio nacer, y la sintió como propia, llegando a desternillarse el día que pudo emanciparse al ver los papeles que promulgaban su libertad. Pidió seguir tal y como lo estaba haciendo, porque siempre se sintió acogido, bien tratado, y nunca humillado por el trato personal; sí por la concepción legal de quienes acaparándose de la jurisprudencia ordinaria más abrupta, corrompieron los designios de libertad de otros muchos. Él contravino la norma por la que luchó con la cabeza bien alta, en el momento en que se sintió inútil, y por tanto, esclavo... A mí no me confundió su petición, Margaret siempre fue franca conmigo, además de muy dulce. Y su despertar profundo lo acompañé de una firma lacrimógena que me duró lo que nunca imaginé: un paseo bajo la lluvia. Pulsé mi inquietud camuflando mi alma en pena, vagando coartado por la finca a la que acudía a correr, pinchándome a cada paso en lloros borriqueros. A mi vuelta al redil, di el aviso y guardé para siempre los teléfonos, dejándolos sobre las mesitas del dormitorio, a ambos lados de la cama, para que en esas tumbadas no me sienta tan solo, y pueda hacer de interlocutor de todas esas cantinelas que me concedió en vida. A cada giro que doy sobre el colchón, tenga o no almohada, la veo junto a mí. Su mecedora la he puesto

mirando al retrete, siempre dijo que una es más, cuando sabe cagar bien. Padecía de insomnio, de mal defecar, y... de soledad.

Yo no pude darle más de mí, porque no era su pareja, sino su trabajo, su amigo, su compañero, su cuidador, su escuchante, su referencia, y el que descolgaba el armatoste cuando no tenía fuerzas. Sus últimos días los pasamos hablando, no vimos la luz en casi tres jornadas. Bajamos las persianas y nos hinchamos a revivir su infancia: “La señora de los esclavos”, la titulaba. Eso mismo intuía en los andares de la dama que me acaba de saludar cortésmente, Graciela venía de buenas. Volvía a ser un placer compartir unas palabras con alguien, más allá del trabajo y la pescadería. Nos metimos a un bar cercano y departimos amigablemente hasta bien entrada la noche, degustando patatas fritas, cacahuetes y unos filetillos de ternera que la cocina nos sirvió gustosa, fuera de hora; porque la conocían, eran sus tíos quienes la regentaban. Tuve tentaciones de echarme un palillo a la boca, así como de abrazarla. No hice ni lo uno ni lo otro, mi cobardía me pudo, pero la osadía habló por mí; la invité a casa a pasar la noche. En el trayecto hacia la misma divisamos unos jardines verticales de una gran preponderancia, su irrigación se nos hizo más sonora porque nos echamos una foto junto a ellos. A pesar de las fechas, y de la copiosa jornada de chirimiri, aquello era fiel a su cita, el relé accionó el dispositivo, y surtió de un líquido discriminante toda esa evidencia verde. ¡Menudo pecado! Seguimos con nuestros respectivos pasos, medrando en la perseverancia. Ella me contó que venía más flexible, porque regresaba de dos valiosas sesiones deportivas, la una de Pilates, y la otra de Yoga. Le pregunté si aquello era bueno, y me lo aconsejó para potenciar el traslado de las energías, dejándolas fluir por todos los ramilletes del cuerpo. Y aproveché



para indicarle si todo lo hacía por partida doble, por aquello de la doble identidad. Ella me insinuó que no, al poco de adentrarnos en la composición museística de mi comunidad de vecinos, una panda de salvajes que no sabían distinguir una pintada de un auto retrato. Ya en mi espacio interior, se permitió la licencia de descalzarse, lo cual agradecí enormemente. La surtí de unas zapatillas para no ir pisando sin nada, y se me perdió al poco de meterme al baño, a orinar... Estaba yo de vuelta, cuando embelesada me la encontré a la entrada del dormitorio, observando las mesitas y sus decorativos elementos de contacto. Nada más verme, se sonrió. Me pidió que le explicase el por qué de tan magnos elementos, y la invité a tomar algo primero, para comentarlo más adelante, con la barriga llena y la cabeza más sentada. Y así lo hicimos, nos tomamos un tentempié, y volvimos a la habitación. Le pedí que se tumbase en la cama, y ella lo hizo sin rechistar, veníamos de mantener una agradable conversación acerca de todo y nada, concluyendo que la política hidrológica era tan mezquina como la otra. Su aspecto era de cansada, pero tenía ganas de interaccionar con el aparato. Seguidamente le dije que cogiera su postura de dormir, y se ladeó sobre su costado derecho, extendiendo un brazo adelante, y flexionando levemente las rodillas.

-¿Es así cómo duermes?- Le pregunté.

-Sí, es mi única manera de conciliar el sueño, cuando lo cojo-.

Respondió sin moverse.

-De acuerdo, ahora piensa en algo bonito-, le dije.

-¡Cómo!- exclamó contrariada.

-Sí, mira, te pongo un ejemplo. ¿Has oído hablar de la teoría del buen sentido?

-No, cuéntamela- mencionó sin dejar pasar el tiempo.

-Vale, te lo explico. Se trata de el problema que te surge cuando intentas hacerlo todo bien, llegando incluso a querer ser perfecto. Insisto, es un problema del que lo hace, no de quien lo recibe. Has de saber que la belleza es imperfecta, y que los vocablos se confunden para comunicarnos mejor, por eso de la comunicación gestual. El ejemplo es el de un hombre que pretende contentar siempre a su pareja, porque así lo siente y lo cree necesario; y llega un momento en el que es capaz de abandonarse a su suerte, al objeto de que ella sienta todo lo bueno. Es ahí, donde radica toda la problemática, porque la concepción inicial es estupenda, pero al materializarlo se pierde el sentido común. Dado que para que dos sientan, ambos han de tener experiencias distintas.

-Espera, espera, que me estoy perdiendo- dijo ella. -¿Qué me quieres decir?- añadió buscando una reparación.

-Que cuando quieras hacerle bien a alguien, no lo anules ni lo adules, déjale vivir a su modo y manera, porque si intentas cambiarlo para bien, creyendo que es lo mejor, se acabará dando cuenta y se te revolverá.

-¿Eso te ha pasado a ti?- curioseó.

-Sí, creo que sí. Con Margaret, al poco de enfermar. Quise enjugar su sufrimiento con cuentos de niños, y la mujer tenía ganas de ver boxeo en la tele, y de tirarse pedos en el ascensor.

-¿Y qué hiciste?- preguntó por su destino.

-Comprar un ambientador más fuerte, y telefonarla constantemente- soltó inmaterialmente, en una constante devoción.

-¿Y cómo hacíais lo de llamaros? ¿Compartíais habitación?- pretendí saber más de esas ideas que no concebía del todo.

-¡No! ¡Qué va! Ahora los tengo aquí juntos porque ya no está ella, pero siempre han estado en la salita. Y los usábamos como reposapiés, no para marcarnos y tener que sujetar el chirimbolo.

-¿Cómo?- se preguntó, invitándose a una reflexión moral.

-Sí, no son más que utensilios a nuestro servicio. Son excusas para hacer algo juntos. Muchos adolescentes, cuando quedan, como no suelen hablar de temas cruciales, ni tampoco han de trabajarse el mundo, se dan a la bebida como ocio o como potenciación de su forma de ser. De mayores, quienes no practican de beber alcohol, para quedar han de usar excusas, tipo airearse, jugar a los dardos, un billar, unas cartas, o lo que sea. No dejan de ser añadidos, pero están muy presentes. En nuestro caso, como yo quería que me contase el libro que tenía en su cabeza, me tuve que inventar esa artimaña, y de ese modo conseguí que me lo fuese contando.

-¿Te acuerdas de algo?- incentivó esa relación sin resignación.

-Sí, de lo más importante... lo que hacía con sus manos mientras relataba sus vivencias. Se colocaba la mano izquierda sobre su pecho, como si se fuese a abotonar los segundos y terceros botones de una blusa, tapándose el escote. Lo hacía inconscientemente, era su seña de identidad.

-¿Te contó por qué lo hacía?- no dudó en hallar el origen de la noticia.

-No, no era consciente de ello, formaba parte de un acto reflejo. La mujer se defendía de lo poco que le quedaba.

-¿Y qué era? Si no es indiscreción- le dijo interesado.

-Su postura ante la vida. Una luchadora nata nunca se desprende de su collar. Siendo niña, recibió de parte de alguien a quien quería mucho, un colgante. Se convirtió en su referencia, hasta que un día, sin saber cómo y sin darse cuenta lo perdió. Desde entonces, nunca se sintió segura, porque perdió parte de su identidad.

-¿Pero tú cuidadora no era esclava?- no llega a absorber lo que tiene delante de los ojos.

-Sí,... pero de algo llamado amor, por encima de otras lindezas. La supieron educar en unos valores más fuertes que la tinta que corre por un papel, y te tacha de inepta, de inservible, defenestrándola a lo más pobre. A ella le permitieron sentir algo distinto, aunque por momentos la tildaron de loca.